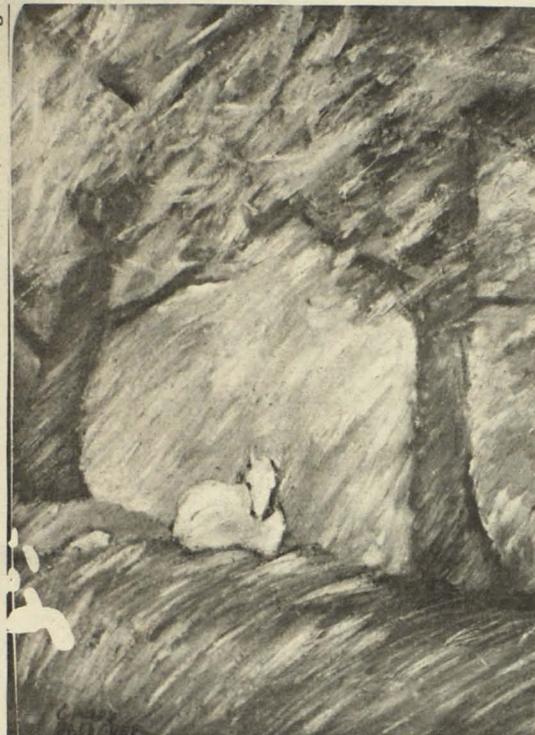


Filosofía, Arte y Letras



"Oleo", de Carlos Balaguer, en exposición en Galería 1-2-3.

Los números de la espera

La tibia luz de la tarde, acumulada en el blanco cristal de la ventana, iluminaba la conventual estancia. El teléfono había sonado varias veces sin que nadie lo contestara. A un extremo, la figura joven y mansa de una mujer. Parecía dormir, aunque sus párpados temblaran nerviosamente y un ligero chispear escapara de sus ojos semi-abiertos. Siguió inmóvil, los labios mencionaron afiebradamente una frase que sólo se pudo oír en la inconciencia.

El teléfono volvió a sonar. —¿Quién es? —Lo sabes. Soy yo el que aguarda tu respuesta, quien siente tu temor en el vibrar de tus reflejos, de tus manos heladas tratando de decir algo. —No sé quién pueda entender esas palabras, has equivocado el número.

—Es posible, quizá lo haya olvidado, que no sepa distinguir los números, que la ceguera no me deje recordar una cifra importante. Sin embargo, da lo mismo; puede ser otro número, el tuyo. —¿Por qué el mío?

—Ignoro mucho de ti, por lo tanto tú eres una posibilidad. —¿Posibilidad? Dices que yo puedo ser una posibilidad? Dime, para qué, por qué.

—Por favor, tú como yo, somos sólo una posibilidad, nada más. El pasado, aunque se quiera olvidar, siempre surge en los minutos de silencio. Seguiremos siendo una posibilidad; para vivir, para tratar de olvidar, siempre siendo un posible para algo. Los hombres, los desconocidos hom-

bres, siempre somos una posibilidad; posible, breve; vuelta en unos papeles de archivo, en una ficha electrónica IBM.

—Quizá tengas razón, pero ¿posibilidad para qué? ¿De qué sirve, si no sabemos para qué, para quién somos?

—La respuesta es obvia: para alguien que nos necesita.

—¿Siempre la necesidad! Alrededor de la necesidad tiene que ir todo. La vida misma en la tierra surgió de una necesidad. ¿Quién no nos necesita en este duro vivir? No repitas esa palabra. La sé de memoria. La he sentido durante tanto tiempo; el ser que necesito no acudió a la cita de mi vida.

—Sí, llega, pero en un rostro desconocido y deforme, entonces nuestros ojos se dirigen hacia espacios olvidados. No sabemos el nombre de quién nos necesita, hemos olvidado la cifra del abonado telefónico. Tú duermes mientras se acaban las palabras.

—Así es, pero tengo mis razones. Ya no hay para qué, tú llegaste tarde a la fiesta, mi fiesta clausurada y derramada en el frío de la tarde. Si antes hubiera sucedido, si antes hubieras llamado. Quisimos siempre lo mejor en nuestras vidas. Has dicho que me amas y es verdad. Pero hoy, ¿de qué sirve que así sea? ¿De qué ese amor? Nos cogió la tarde... Nada más. Siempre fuimos así de impuntuales. Desde niños, tardíos para llegar a clases. Olvidábamos cerrar el corazón, su viento tibio escapaba y nos quedaba vacío.

Llegamos tarde a la fiesta y ya habían roto en miles de gritos la piñata. La noche que murió el tirano la muerte nos oyó reírnos y coger como juego su puntualidad. Hoy, tantos años más tarde; hoy que la ciudad y los hombres son distintos, nuestros ojos tienen la llama tardía. Has dicho que es amor y es amor. Y es tarde. ¿Si antes hubiera sucedido! No aprendimos la lección y volvemos a perder por impuntuales. Somos odiosamente incorregibles. Mañana, cuando nos busquemos. Cuando al fin alcemos los ojos hasta el cielo, ya se habra acabado el cielo.

No, no puede ser... —Sí, el tiempo se adelanta en los relojes para realizar justicia. La espera, la innumerable espera termina de tajo, sin vacilaciones.

—¿No...! Una detonación fuerte de dinamita resonó a lo lejos, después sobrevino un rumor como si la ciudad se hubiera derrumbado. La mansedumbre del rostro se cubrió con el desengaño de una mano en la frente. El cuerpo de la mujer fue quedando sin fuerzas, el tiempo resonaba piqueteando en la pared y sobre la quietud y la mudez. Su cuerpo perdió fuerzas, la mano vibrante como paloma herida soltó el auricular del teléfono que quedó colgando, como un péndulo y una voz fina, como hilo de angustia, salía de la bocina, exigiendo, reclamando; antes de cortarse la comunicación: Vacándose en la muerte, olvidándose.

Se fue el mago de la física cuántica

Por José Salvador Guandique

— I —

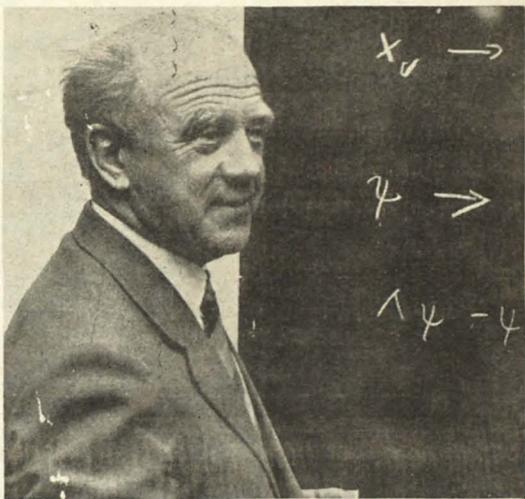
El 1º Fbro. Pdo. se extinguió la fecunda vida de Werner Heisenberg, en Munich, a los 75 años, n. en Wurzburg, 5 Dic. 1901, Premio Nóbel en 1932, a quien su maestro, Max Born, que alcanzó el mismo rango después, 1954, el primero por la formulación de la mecánica cuántica, cuyas investigaciones llegan al descubrimiento de algunas modificaciones alotrópicas de la molécula del hidrógeno y el segundo gracias a sus fundamentales trabajos sobre la propia disciplina especialmente la interpretación estadística de la función ondulatoria, Born, —repetimos— tuvo a su antiguo alumno como un físico "de primera magnitud", atributo que sólo concediera, además, a Einstein, Bohr y Dirac, afirmando:

"He cobrado gran afecto a Heisenberg; es muy popular y apreciado por todos nosotros. Su talento es fabuloso, pero particularmente loable es su modo de ser cariñoso y discreto, su buen humor, su celo, su diligencia y su entusiasmo". (De una carta para el padrino de tesis del aludido, Arnold Sommerfeld, "Premios Nóbel Alemanes", Munich, 1968, p. 98).

En 1925, cuando Heisenberg contaba con 24 abriles, logró Born, en colaboración —Heisenberg y Jordán— desarrollar la doctrina matemática homogénea de la mecánica cuántica, confesando: "La regla de multiplicación de Heisenberg no me dejaba tranquilo; después de 8 días de reflexionar y probar intensamente, me vino de pronto a la memoria una teoría algebraica que había aprendido de mi maestro, el profesor Rosanes en Breslau... El resultado me causó la misma emoción que experimenté un navegante, después de una larga odisea, divisa de lejos el país ansiado... Desde el primer momento estaba yo convencido de que habíamos acertado". (Obr. cit. p. 106).

En junio de ese año cabe la isla de Helgoland, el "niño pródigo" pasó de la mecánica clásica, apta, apenas, simbólicamente, a una verdadera mecánica cuántica. Y Heisenberg, narra el minuto crucial: "Hubo un momento en que me vino algo así como una inspiración, al ver que la energía era algo constante en el tiempo. Eran altas horas de la noche. Calculé trabajosamente y el resultado era exacto. Me subí a una roca, vi la salida del sol y sentí una gran felicidad". (p. 98).

Esta inspiración que Einstein llamó alguna vez en carta a Zubiri, "cierta religiosidad", llevó a Heisenberg, en esa alta noche, cuando —¡oh Nietzsche!— cantan todas las fuentes y el alma es también una fuente cantarina, a escribir en las siguientes semanas, "Reglas de Multiplicación para Matrices Cuánticas", desarrollada como "mecánica de matrices de Gotinga" por Max Born, Heisenberg y Jordán.



Werner Heisenberg.

Al retrato de Velásquez en "Las Meninas"

Por José García Nieto (Español)

Qué claridad en torno, y qué cercano ese árbol oculto en que madura, como un fruto prohibido, la pintura esperando la gracia de tu mano.

Y ese pincel... con qué amor artesano sostiene el mundo y cuida su hermosura: en él la luz se anifa y se inaugura, por él se abre la rosa más temprana.

Ser mirado por ti nacer sería; un paraíso todo volvería: el blanco cuello, el cielo azul, los rojos

labios. Este es el hombre. No hay engaño. Aquí está la belleza y aquí el daño. ¿Qué gran cifra de Dios la de tus ojos!